

XV. ♦

XV. “LOS QUE NO VIERON”

(Jn. 14, 5)

Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Los otros discípulos le decían: “Hemos visto al Señor.” Pero Él les contestó: “Si no veo en sus manos la señal de los clavos y no meto mi dedo en el agujero de los clavos y no meto mi mano en su costado, no creeré.” Ocho días después, estaban otra vez sus discípulos dentro y Tomás con ellos. Se presentó Jesús en medio estando las puertas cerradas y dijo: “La paz con vosotros.” Luego dice a Tomás: “Acerca aquí tu dedo y mira mis manos; trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo sino creyente.” Tomás le contestó: “Señor mío y Dios mío.” Dícele Jesús: “Porque me has visto has creído. Dichosos los que no han visto y han creído.” (Jn. 20, 24-29)

Santo Tomás aparece cuatro veces, hablando en los evangelios:

1. “¿No sabemos adónde vas, cómo podemos conocer el camino?”
2. “Vayamos con Él y muramos junto con Él.”
3. “Si no meto mis dedos en sus llagas, no creeré.”
4. “Mi Señor y mi Dios.”

Las cuatro intervenciones de este apóstol entran en un mismo esquema de reacciones a circunstancias no sólo difíciles sino problemáticas. En cada caso, señalan las diferentes facetas del carácter de Tomás. La acogida de Tomás no es nunca pacífica. Gira alrededor de la imposibilidad de creer. No es posible creer si no se ve, si no se toca. Tomás quiere siempre poner las cosas en claro. No sabemos a dónde vas, no se ve el fin o, bien, está envuelto en una niebla. ¿Por qué debes irte? ¿Cuál es tu viaje? ¿Hacia dónde? ¿Al desierto? ¿Al cielo? Tomás quiere estar seguro, poder calcular el peligro, el esfuerzo. Entre él y Jesús no hay espacio, él se identifica, se aprieta pero esta identidad resulta ser imposible. Es como hacerse al mar, es inabarcable. Siempre se le encuentra el límite a la frustración; que la pruebe o no, es inasible. Para su carácter positivo, experimental, es una angustia sin fin.

Tú estás allí frente a uno, tan cerca como esta roca y tan lejos, intangible. Este vacío de Ti exaspera a Tomás. Tú vienes, irrumpes, resulta imposible ignorarte y quedarse indiferente. A pesar de ello, no te das, eres inagotable. ¿Quién te podrá recibir? Tomás quiere acogerte, descansar en Ti; mientras Tú huyes, siempre distante, indescifrable. Con los dos discípulos de Emaús, también te portas así. Primero los estimulas, los iluminas, los entusiasmas pero, al final del viaje, Tú quieres irte más lejos. Tu mundo es demasiado grande para que podamos detenerte. Sólo cuando te suplican: “Quédate con nosotros Señor”, entonces Tú accedes, te sientas a la mesa y bendices el pan. Te manifiestas pero es sólo un instante y rápidamente te desapareces. Sólo les queda una imagen en los ojos, una voz que se pierde en la oscuridad de la noche. Esto no va con Tomás, él quiere poseerte, estar seguro. Sin embargo, nada es seguro en Ti para nosotros. Entre Tú y un fantasma no hay mucha distancia. Por esto estás lejos de mí. Te pierdes en la noche negra y el viento.

¿Cómo recuperarte? ¿Cómo tenerte cerca? Tú hablas de irte. Como si fuera un camino, como si el Padre estuviera ahí a poca distancia. Las cosas no están de ese modo. El Padre está más lejos que el infinito. El Padre es alguien que al estar allí nos anula, nos pulveriza. El Padre no cabe en nuestro mundo, no está en un lugar de estos. Él está sin lugar, sin tiempo. Su mansión niega y anula nuestras mansiones. Si te vas con Él estarás lejos, muy lejos. No hay camino, ni largo ni breve. Si te vas donde el Padre no te vas a ningún lugar. Sólo te ausentas y no más; sólo serás nuestro desaparecido.

No sabemos a dónde vas. No quedará de Ti, ni un papel escrito, ni una lápida esculpida, como el código de Hammurabi, ni un recuerdo. Lo que escribiste, sólo fue en el polvo del suelo y el viento lo borró; la gente le pasó encima. El recuerdo es lo que Tú no eres. No hay despedida. Si te fueras lejos, podríamos esperarte, levantar un monumento pero Tú sólo dejas el vacío, no te vas a ninguna parte. Sólo desapareces, borrado por las nieblas de los valles y tus huellas lavadas por la lluvia. Ya no se te puede tocar ni ver. Si vas cerca del Padre estarás tan lejos como Él. Una presencia negada. ¿Deberemos aprender de nuevo y volver a sentirte en esa ausencia? ¿Una presencia ausente? ¿Un amor imposible, porque el otro ya no existe? El sentido común de Tomás se resistía a esa incomprensión.

Y Jesús, en lugar de dar explicaciones, sólo pedía más fe. “Creéis en Dios y creed también en mí.” ¿Crear en lo incomprensible? Aún las mansiones que Él promete preparar en la casa del Padre son incomprensibles. ¿Cuál casa del Padre? Si no hay casa, no hay mansiones. Falta el término principal de referencia. ¿Qué lugar tiene que preparar todavía? ¿No es el Dios mismo? Esto sería imposible para una criatura, sería negada, destruida en ese mar de poder infinito. Entonces, ¿qué? ¿Una nueva creación intermedia, entre humana y divina, en la que quepa el hijo, hecho hombre, su humanidad resucitada, junto con la demás humanidad creyente? El Hijo, sabiduría del Padre, expresará un nuevo “logos”, la nueva palabra de la nueva creación. ¿Será tal que lo humano, corpóreo, encuentre morada, junto con lo espiritual, divino, sin que haya ruptura o destrucción; sino sólo elevación, evolución, transformación? ¿La flor que hunde sus raíces en el barro, pero su sonrisa y su perfume en lo eterno del corazón? “Él será su Dios y ellos serán su pueblo.” Todavía fue ingenuo Felipe al pedirle: “¡Muéstranos al Padre!” Las cosas están al revés. Jesús con paciencia lo corrige: “El padre se muestra en mí!” Yo soy el rostro humano del Padre invisible. “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre.” Como si fuera una frase sencilla esa de ver a Jesús.

Ver es descubrir, iluminar, apoderarse. ¿Quién puede afirmar de haber “visto” a Jesús? Muchos lo han observado, contemplado. Los doce se rozan con Él, viven con Él, le oyen. ¿Puede alguno de ellos decir que realmente lo ha “visto”? Han visto su figura, conocen el color de sus ojos, la forma de sus manos, la huella de sus sandalias. Pero esto no es suficiente para “ver”, el poder de estas manos, el calor de este corazón, el secreto de esta mente, la penetración de su mirada, el alcance de su voluntad. “Tanto tiempo estoy con vosotros y no me has visto.” Tienes razón, nadie lo ha “visto” todavía. Te estamos escudriñando, cada día con los ojos, estos se empañan, nadie puede decir de haberte visto. Si fuera real, habríamos visto al Padre. Las palabras del Padre, las obras del Padre, el amor del Padre, están bajo nuestros ojos, delante de nuestra mirada y no las hemos visto. Tomás reflexiona sobre esta transparencia traslúcida, de lo invisible dentro de lo visible; se rinde, como si el abismo estuviera tan cerca de sus pies. Sentía que se dejaba ir.

En Tomás, esa era la lucha diaria, entre la claridad de la mente y la imposibilidad de entender. Palabras simples al oído del padre, hijo, hermano, compañero de

viaje, planificador de encuentros. El amanecer inundado por la luz de la aurora, sobre las alturas del Tabor y por las quebradas de Samaria. Cuanto más iba creciendo la luz del día, a la par, la mente se volvía turbia como si una inminente nube cargada de huracanes se apoderara de la misión. Pueblos a la espera de un mensaje de paz. ¿Dónde empezaría el reino prometido? ¿Dónde asentaría sus conquistas? Tomás se confundía. Repasaba mentalmente las parábolas del Maestro, una a una; la dracma perdida por la anciana y encontrada con la suma alegría; la masa de trigo fermentada por un puñado de levadura; el buen trigo sembrado, que al fin resultaba salpicado de cizaña, porque un enemigo nocturno la había sembrado para dañar la cosecha.

Lo más admirable era la calma del Maestro entre las espías del sanedrín; las cavilaciones de los escribas y doctores, con tal de no aceptarlo. ¿Nunca se desplegaría el manto azul, al final de una lluvia de primavera? Tomás sentía una fuerte tentación de decirle adiós a la racionalidad y abandonarse al instinto de la bondad que traslucía del rostro del Señor. ¿Una sublimación o un hundimiento? ¿Una esperanza o un abismo de horror? Él predicaba el amor, el sacrificio, la confianza absoluta, en el Padre. ¿Dónde estaba el Padre? Quién lo viera y se llenara de aquel rostro infinito, de aquella seguridad más amplia que el desierto, más inquebrantable que las torres rocosas del Sinaí.

La gran tentación fue de amarle irracionalmente, como un puro sueño, tras las barreras tempestuosas de los presagios grises y nocturnos, como lo viera Elías. Tomás había aceptado desde un principio estas paradojas inconciliables y su carácter ardiente le impedía retractarse y volver atrás. La angustia llenaba los resquicios más recónditos de su corazón; era preciso seguirlo hasta el final. Y la ocasión llegó de repente, entre las colinas desérticas de la Transjordania. Una tarde en que se conoció la grave enfermedad del amigo Lázaro, Tomás recordaba esa familia de clase alta, sacerdotal, un oasis de paz que los había revivido después de duras jornadas en la tarea de predicación del reino. Un hombre generoso y exitoso llamado Lázaro y dos mujeres rezadoras incansables y fanáticas por la historia de Israel.

¿Cómo regresar a Betania si la semana anterior, en el pórtico de Salomón, del templo, los guardias habían recibido órdenes de apresarlos? Un día más y habría muerto apedreado, allí mismo, si no hubiera utilizado sus grandes poderes para evitar lo peor. No era el momento propicio para desafíos, como el volverse a

aparecer cerca de Jerusalén. Sin duda, Jesús insistiría, Lázaro nuestro amigo merece que se corra algún riesgo. Mientras todos los demás trataban de razonar a mente fría, Tomás lanza su repentino arranque de entusiasmo. Vayamos con Él y a la muerte con Él. ¿No es este el sacrificio que se nos pide? ¿No es esta la prueba del amor? Total, sólo será cuestión de días. La tragedia final ya está esbozada en la mente de todos, aunque de eso prefieren callar. Si Él va, iremos con Él. Tomás no es creyente del todo; pero su fidelidad y arrojo, van más allá de su fe. Morir con Él. No sería un final triste o indeseable. Más bien un gesto sublime, un canto comunitario, no lejos del martirio de los Macabeos.

Aquello no fue un regreso fácil. Ni siquiera haber levantado a Lázaro desde el sepulcro logró despejar las dudas en la mente y el corazón de Tomás. Sin duda, Jesús poseía el dominio sobre la muerte y lo había demostrado allí, con lujo de espectáculo y de testigos. ¿Pero qué clase de poder? ¿Por qué nunca lo utilizaba en favor de sí mismo? Esta intervención creadora no se compaginaba con la humildad remisiva e indefensa de Jesús. ¿Dónde está esa divinidad? ¿Dónde la aceptación pasiva y peligrosa de sus discursos que anunciaban la muerte? Tomás veía una contradicción, un amor negado frente a un odio desplegado y prepotente. Un amor sin poder, de cara a un poder sin amor. Tomás ya carece de palabras, no intervendrá; observará que el temporal se ciñe sobre su cabeza. Y él se hunde cada día más en el hastío y la desesperación. Una semana de silencio, viendo las efímeras aclamaciones del Domingo de Ramos en la entrada final.

Las repetidas y peligrosas escaramuzas con los doctores y las autoridades. Y por fin, la condena a muerte. Tomás ve sus propias defensas tambalear como una muralla sacudida por el temblor; las piedras se desmoronan y lo van dejando al desnudo, sin fe, sin esperanza, con el corazón endurecido e insensible. Resistió la condena, asumió los golpes, lo vio consignado al sepulcro. La nada se había apoderado de su vida. Muerto el Maestro, muertos los sueños, muerto su amor, muerta toda esperanza.

No podía pensar en la madre de Él ni en las mujeres amigas. Desaparecidos también los doce. Tomás tomó el rumbo hacia el oriente, precisamente en sentido contrario al del pueblo del Éxodo, como si quisiera destruir la historia desde el último día hasta el primero. Ya no existía el Mesías, ni existían los apóstoles, ni el Bautista, ni los profetas, ni David, ni Moisés. Todo estaba

perdido, incluyendo los patriarcas, hasta Abraham. Todo borrado, sepultado juntamente con la Promesa. Tomás caminaba en el tiempo hacia atrás y su alma iba también muriendo, paso tras paso.

No pudo ir muy lejos sin percatarse de que, sin querer, regresaba sobre sus pasos. Revisó el calvario, donde todavía colgaban dos cuerpos, dilacerados por los buitres. Y se veían las tres cruces amenazadoras, recuerdo de la muerte. ¿Quién sabe si después de la eliminación del Maestro no empiece una cacería a sus seguidores? Él estaba realmente y definitivamente muerto y su cadáver, con pena y reverencia, había sido recibido por algunos amigos de última hora, casi desconocidos, gente influyente y rica. Y esto lo hacía más muerto, más destruido, en poder de gente extraña. Únicamente su madre, María y Juan habían estado algo más cerca de Él, observando, sin poder apoderarse ni siquiera de sus restos. Ni permanecía cerrado el sepulcro. La cámara estaba vacía.

Voces habían corrido; voces de mujeres enfermas de desesperación. Todo esto se veía muy confuso y como envuelto en una cortina de humo. ¿Era martes o miércoles, cuando sus vagabundeos lo llevaron al cenáculo, donde se había realizado la cena de despedida, o era una Pascua? Un secreto afán le empujaba, una débil esperanza de que alguna reliquia del pasado viviera todavía allí, la memoria de la cena, los gestos rituales y palabras misteriosas cargadas de incógnitas. Lo extraño fue encontrar muchas personas reunidas y excitadas. No eran los conocidos ritmos del llanto o de las canciones de difuntos. Eran diálogos, preguntas y respuestas, evocaciones rápidas y preguntas, muchas preguntas al mismo tiempo, sin que nadie se atreviera a contestar. ¿Está vivo? ¿Dónde se encuentra? ¿Resucitó por su poder? ¿Ha encontrado su Padre? Tomás no entendía el por qué de tal animación.

Hasta que alguno se le acercó. ¿No estuviste con nosotros el domingo? Todos los vimos y lo tocamos. Hasta comió con nosotros. Realmente el Señor resucitó. Explíquenme, ¿qué sucedió? Teníamos las puertas cerradas y Él apareció entre nosotros. No puede ser verdad. Es una histeria colectiva. ¿Habéis perdido el juicio? Sí, es verdad. Todos lo vimos y lo palpamos, es de carne; sólido como nosotros. Un cuerpo sólido no pasa por las paredes. No sabemos cómo, pero es el mismo. ¡Es imposible! No lo creo. Él continuó con su discurso de antes, como si no hubiera pasado nada, en este fin de semana. Son visiones, exaltaciones de fantasías exasperadas. Lo entiendo y me compadezco por

ustedes. Nos bendijo y nos dio poder. Como cuando salimos la primera vez a evangelizar. Nos quedan muchas lagunas en la mente pero, una cosa es cierta: ¡Él vive!

Tomás quedó como paralizado. Buscó un banco para sentarse. No sabía si declararlos locos a todos o si buscar una explicación más o menos racional. No puedo creer lo que dicen. Tuvisteis una ilusión, estábais agotados y el deseo se materializó. Él ha muerto. Los fantasmas de los muertos perturban el cerebro. Nunca creeré lo que ustedes afirman. Algún día lo volveremos a ver. Quédate con nosotros y verás. ¿Qué puedo ver? Su seguridad empezaba a tambalearse. Había dos fuerzas dentro de él. Una le aseguraba que era imposible, todas sus ideas ya estaban formadas. Una estructura se había formado en su mente y se había congelado en ella; era más dura que la lava del volcán cuando se enfría y se petrifica. Pero había también una corriente de deseo que se levantaba a la mínima sospecha de que hubiera una posibilidad, era el deseo de verlo. Ya no estaba tan seguro.

Si no pongo mis manos en las heridas de los clavos y mis dedos en la abertura de su costado, no creeré. Pasaron los días de esta semana. Tomás, firme como una roca, en su posición. Sólo los espíritus andan vagando entre las tumbas. No creeré. Pero los demás también cada día que pasaba se sentían menos seguros. El miedo de haberse equivocado, les apretaba la garganta. Se sentían más inseguros y tristes. ¿Fue real o fue un sueño? ¿Nos hemos trastornado por el miedo a los sacerdotes y a los judíos? Quizás Tomás tenga razón y ya no lo veremos más. El optimismo se había convertido en pesadilla. Días pálidos, grises, sin trabajo, sin ideas, sin ideales. Tomás seguía buscando posibilidades. Lo único cierto que hay es la tumba vacía. Por supuesto, ¡Él ya no está allí! ¿Quién podría haberlo levantado? Si algún extraño se lo llevó, no cambian los términos del problema. Sólo una fuerza que salga de su interior podría realizar una restitución de la vida. Pero esto, en el caso en que sea Dios mismo. ¿No decía que el Padre y Él eran lo mismo? Sólo si es Dios. Siguió repitiéndose a sí mismo, ¡sólo si es Dios!

Llegó el domingo siguiente cuando hubo una pobre cena. Pedro, supuestamente había hablado con el resucitado, pero lo había apenas vislumbrado entre las lágrimas y su traición le sangraba cada día. No se atrevía a afirmar nada. Sólo las mujeres estaban seguras. No podían ser testigos fidedignos porque eran

“parte en causa”. Además, ven visiones todo el tiempo. A momentos, el deseo surgía con toda la fuerza y perturbaba su juicio. ¿Y si fuera verdad? En instantes deseaba haberse equivocado. Sólo la mente, la lógica de los acontecimientos decía que no había ni una sola razón que justificara una retractación. La razón humana es el único criterio lógico, la muerte es el fin. Durante su vida, Él había demostrado poderes divinos. Le pedía al Padre y éste le escuchaba; sanar enfermos, hacer caminar a lisiados, dar la visión a ciegos. Nunca había hecho nada irracional; no podía contradecir a la razón. Él ya no existía en este mundo. Nadie al que se haya quitado la vida, es capaz por sí de volverla a retomar, a menos que fuera el Dios mismo.

Ahora bien, Jesús fue un hombre y lo conocimos con certeza. ¿Sólo si fuera Dios mismo? Quedaba esta media pregunta y media hipótesis en el aire. ¿Que Dios haya estado entre nosotros y haya regresado a nosotros? Nadie de nosotros ha podido ver al Padre en Él. ¿Tendrá en Él la vida del Padre? Tomás empezó a dar vueltas alrededor de esta hipótesis. ¿Cuántas veces repitió que el Padre y Él eran uno? Esto no impidió que Él haya muerto, desgarrado, aplastado pegado a una cruz, hasta su último grito. Sin duda, está con el Padre, no entre nosotros.

Tomás estaba tan acongojado que ya no distinguía el día de la noche. Buscaba posibilidades en una selva tupida de barreras inamovibles. No podía adecuar un pensamiento coherente, a las infiltraciones de la Divinidad en la historia humana. Había algunos episodios en esta historia que lo estremecían en los que el hombre llegaba al límite de lo humano. Uno de ellos era el caso de Abraham, cuando Dios le pidió el sacrificio de su hijo único Isaac. ¿Qué sentido podía tener? Y sin embargo, Abraham rebasó todo límite humano, aceptando ese sacrificio. Era como destruirse a sí mismo, endiosarse. Y llegó hasta levantar la mano sobre su hijo ya puesto sobre las leñas del sacrificio. De todos modos, Dios lo detuvo. Otro caso extremo era el de la reina Ester. Se cargó con la tarea de salvar a su pueblo de la persecución. Sabía perfectamente que presentarse delante del rey sin haber sido llamada implicaba la muerte. ¿Cómo pudo encarar la muerte sólo por ese pueblo?

¿Qué fuerza divina estaba detrás de tales sacrificios? También recordaba a Judith. Había sido fiel a su marido, como una casta virgen, por toda una vida y decidió exponerse a la mera boca del león haciendo gala de todas las

provocaciones femeninas. Podía suponer que la tomarían en todas las maneras, la violarían y posiblemente la degollarán, para desecharla como basura, esos brutos de los Asirios. Sin embargo, se tiró a la aventura, sólo confiando en que Dios intervendría y destruiría al enemigo. Gestos de locura y atrevimiento insensato que, sin embargo, tuvieron éxito. ¿Era esta la racionalidad de Dios?

La noche había caído sobre Jerusalén; los doce con sus amigos y amigas se habían reunido en el cenáculo. Unas pocas lámparas rompían la oscuridad. Todos rezaban. Tomás abrió los ojos. El que estaba delante de él era Jesús. Lo estaba desafiando: Ponga sus manos sobre mis llagas; introduzca sus dedos en la abertura de la lanza. Era la respuesta que, sin confesarlo, había estado esperando por ocho interminables días. No era sólo esto, sino mucho más; la presencia del Padre, en la humanidad de Jesús. En su exclamación quiso abarcar ambas cosas: “Mi Señor y mi Dios.” Es el Señor, mi Maestro, el Salvador, el Cordero Pascual, la víctima designada en la eternidad e inmolada en el tiempo. Mi Señor, modelo, jefe, ideal. “En Ti está la vida del Padre, eres mi Dios que adoro.”

Todo el proceso de ideas que lo habían atormentado, desemboca en una claridad esplendorosa, uniendo los dos caminos, el del hombre y el de Dios. Ambos se funden en Jesús y se realizan en Él; se convierten en un final que es un principio. En Ti el hombre y Dios se tocan y viven. Tomás puede arrodillarse delante de un hombre que en realidad es Dios. ¡Mi Señor y mi Dios! Ya no es la rendición de un vencido. Es el acto de Fe de todo cristiano. Dos palabras que, al parecer, se unen pero que, en realidad, admiten una distancia incalculable entre ambas, Mi Señor, porque eres amo y dueño con el poder que conquistaste; pero mío, porque empiezas aquí, delante de mí y te puedo palpar y tocar, porque eres de carne humana como yo. Mi Dios, porque en Ti está el infinito, el amor, creador de la vida, la sabiduría que estaba presente cuando el mundo fue pensado. Nunca agotaremos el poder de esta simple oración, desde lo terreno a lo celestial, desde la materia al Espíritu Santo, desde lo finito a lo eterno.

Esta distancia establece una continuidad a través de Ti, Jesucristo, ungido por el Padre, como un profeta que anuncia sus pensamientos eternos en palabras de nuestras lenguas humanas temporalizadas. Eso de “Señor” le salió a Tomás, por sentirse comprado, rescatado del abismo profundo y negro en que había

Aquí se detiene el evangelio de Juan, en esta expresión personal; quienes crean como tú has creído, serán felices. El papel se termina, la lámpara se apaga; la distancia coloca a Jesús muy lejos de nosotros, por los años y los siglos que han pasado. Jesús se ha ido al Padre. Nosotros tenemos todavía la oportunidad de repetir: “Mi Señor y mi Dios”, sin haberlo visto. ¿Será una vana invocación? Él lo anticipó. Él pensó en mí en aquel momento, cuando le dijo a Tomás, con un nudo en la garganta: “No seas incrédulo, sino fiel.” No podía hacer más. Todo se lo había dado, pero el resto, el acto de fe, le tocaba a él. Y pensaba en mí que no lo podría ver, ni palpar, ni reconocer las huellas de sus clavos y de la punta de hierro de la lanza. Pensaba en mí y repetía en silencio: “No sea incrédulo, sino fiel.” Serás dichoso, porque mi amor está en ti.

